



curso de una discusión racional sobre la evolución de la sociedad, acerca de su contenido, dirección y valores.

Heller Agnes, *Por una filosofía radical*. Barcelona, Ed. El Viejo Topo, 1981, 149 pp.

Guadalupe Ibarra

Hanna Arendt:
el racismo como ideología

Descubrir los mecanismos mediante los cuales los elementos tradicionales de nuestro mundo político y espiritual se trastocan, de tal forma que pierden su valor específico, y se tornan “irreconocibles a la comprensión e inútiles para los fines humanos”, es la intención de H. Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*. Comprender esto significa soportar la carga que nuestro siglo ha colocado sobre nosotros, lo que resulta particularmente difícil en la medida en que nuestra época “...ha entretejido tan extrañamente lo bueno con lo malo...” que sin la experiencia del totalitarismo podríamos “...no haber conocido la naturaleza verdaderamente radical del mal”.

Frente a la tendencia común de equiparar el totalitarismo con sus elementos y orígenes, Arendt opta por resaltar sus conexiones y diferencias: las políticas totalitarias no son simplemente antisemitas, racistas, imperialistas o comunistas, sino que hacen desaparecer la realidad fáctica que originalmente da potencia y valor propagandístico a sus ideologías. Los elementos que se encuentran en los orígenes del totalitarismo, no pueden ya desembarazarse de la carga que la historia imprimió sobre ellos. El antisemitismo y el imperialismo con su ideología racista son



estos elementos que están en el origen y que son redimensionalizados por el totalitarismo.

El totalitarismo es comprendido por la autora, exclusivamente como lo que acontece en los regímenes de posguerra en Rusia (1929) y en Alemania (1933). Partiendo de condiciones históricas diversas, ambos regímenes cristalizan en la misma forma inédita de organización, se basan en el mismo designio de “poder total y conquista global”, y en ambos el genocidio sin precedentes y el terror son esenciales a la forma de gobierno.

Resulta necesario analizar la historia del antisemitismo para comprender por qué la cuestión judía llega a ser el catalizador del movimiento nazi, de la guerra y del crimen de genocidio en la civilización occidental. El antisemitismo es algo diferente al odio religioso por los judíos; tiene su origen en un cambio en el carácter de la diferenciación judía, que ya no es de credo ni de fe sino de naturaleza interna. Esto ocurre en la Ilustración, cuando el antisemitismo político que concebía que los judíos eran un grupo separado, se torna en *discriminación social*. A partir del nuevo concepto de *igualdad de condición* de la sociedad burguesa cambia la situación de los judíos: cuanto de más igualdad fue su condición, más sorprendentes resultaron las diferencias. Siendo “iguales” las condiciones, menos explicables resultan las diferencias y más desiguales se vuelven los grupos e individuos. “Allí donde la igualdad se torna un hecho mundano en sí mismo, sin ninguna regla por la cual pueda ser medida o explicada... (es muy probable) que sea confundida con una cualidad innata de cada individuo, que es “normal” si es como todos los demás y “anormal” si resulta ser diferente. Esta *perversión de la igualdad de concepto político en concepto social* es aún más peligrosa cuando una sociedad no deja el más pequeño espacio para los grupos e individuos especiales...”.



La asimilación de los judíos durante esta época fue una excepción y no una tradición a seguir; sólo era aceptado el judío extraordinario, educado y creador de algo excepcional. Todo el interés de la sociedad del siglo XVIII por el “nuevo humanismo” consistía en el atractivo de lo exótico y extraño, y en ello basaba el principio universal de la “unidad básica de la humanidad”. Nos dice Arendt: “para el Berlín ilustrado de la época de Mendelsshon, los judíos servían de prueba de que todos los hombres eran humanos”.

El desarrollo de la sociedad burguesa a partir de la ruina de sus tradiciones revolucionarias dio paso a la conversión del “ser judío”, ya tergiversado en “cualidad psicológica”, en un *vicio*. “La genuina tolerancia y la curiosidad de la Ilustración por todo lo humano fueron reemplazados por un morbosos apetito por lo exótico, anormal y diferente”. Varios tipos —no sólo el judío— representaron ese papel en la sociedad. París, “capital del siglo XIX” fue el escenario de esa degeneración del interés por el “salvaje”, en interés por el vicio. Esto no era sino la degeneración del ciudadano en burgués. Sólo en Francia estalla el antisemitismo con la campaña de terror que lo caracterizaría posteriormente (el affaire Dreyfuss).

La subordinación del sentido de responsabilidad ciudadana a los valores burgueses, significó la descomposición de la política en “reflejos sobre la sociedad”. La moderna tolerancia de invertidos y homosexuales por la sociedad parisina sólo significaba que la sociedad ya no se horrorizaba frente al delito y esta transformación era necesaria para el surgimiento del totalitarismo. “En ambos casos, la sociedad distaba de verse impulsada por una revisión de sus prejuicios. No dudaba de que los homosexuales fueran ‘delincuentes’ ni de que los judíos fueran ‘traidores’, únicamente revisaba su actitud hacia el delito y la traición”.



Esto mostraba que la ausencia de una jerarquía política en la Nación/Estado y la victoria de la igualdad, trocaban más jerárquica a la sociedad en la medida en que parecía más democrática. Para una comprensión cabal del fenómeno del antisemitismo, es necesario tomar en cuenta las “cargas sociales” ausentes en una historia económica o política que permiten la comprensión de su evolución, como una mezcla indisoluble de motivos políticos y sociales hasta convertirse en elemento organizador de las masas.

En el tomo II, Arendt analiza cómo la desintegración de la Nación Estado, en su incompatibilidad con el desarrollo industrial y económico y su nuevo motivo (la expansión por la expansión), mostró contener en sí misma casi todos los elementos necesarios para la aparición del totalitarismo. Uno de estos elementos fue el racismo, ideología que acompaña la expansión imperialista. También aquí Arendt busca los orígenes del racismo como ideología (y entiende por ideología la doctrina que afirma poseer la clave de la historia a partir del conocimiento de leyes universales. Para la autora sólo dos ideologías han derrotado esencialmente a las demás, el racismo y el marxismo). Analiza el surgimiento del racismo en Francia, Alemania e Inglaterra. En Francia, este pensamiento surge directamente de la aristocracia que distingue entre galos y germanos. Todas las teorías francesas posteriores apoyaron al germanismo contra los propios franceses. En Alemania, el pensamiento racial tiene que ver más con la invasión extranjera que con un auténtico desarrollo nacional, se trata de un esfuerzo por unificar al pueblo. El énfasis en el origen tribal común aunado con el exaltamiento de la personalidad que hacía el romanticismo, son los antecedentes intelectuales del racismo alemán. Inglaterra pudo desarrollar hasta muy tarde su pensamiento racial por vías nacionalistas, ya que el nacionalismo inglés no tuvo



que atacar seriamente a las clases feudales, y esto ocasionó, a su vez, que los conceptos feudales influyeran en las ideas políticas, como la idea de herencia, aplicada a la naturaleza de la libertad. Las teorías raciales inglesas tienen una obsesión por la herencia, lo que produjo posteriormente la “ciencia” de la eugenesia. Pero, como dice Tocqueville, nos dice Arendt, el s. XVIII creía en la variedad de razas pero también en la unidad de la especie humana. Las cosas cambiaron al enfrentar prácticamente el problema de las razas. Dos elementos introducidos por las doctrinas naturalistas del s. XIX desestructuraron el pensamiento racial: la destrucción de la idea de ley natural como nexo común de unión entre toda la humanidad, y la idea de la herencia y el progreso. Si existía evolución, había razas inferiores. Sin embargo, el racismo surgió hasta que experiencias y teorías políticas nuevas, como las del imperalismo, ocurrieron en Occidente. Arendt señala cómo el pensamiento racial acompaña la conformación de la Nación-Estado hasta convertirse, con el racismo, en un elemento aniquilador del mismo, al negar la igualdad de derechos de las naciones.

En el tomo III, la autora analiza los movimientos totalitarios. Populacho y élite son los elementos de este movimiento. Propaganda y terror son sus mecanismos. La propaganda constituye el instrumento del totalitarismo en su relación con el mundo no totalitario; el terror es la esencia de su forma de gobierno. La propaganda totalitaria hecha mano del científicismo. La propaganda totalitaria perfecciona las técnicas de la propaganda de masas, pero no inventa ni origina sus temas, sino que recoge ciertas características esenciales de las masas modernas; por ejemplo, el desarraigo obsesivo por escapar de la realidad. Las masas modernas no aceptan el “carácter fortuito que penetra la realidad”, no creen en su experiencia. Su disposición a cualquier ideología radica en que se



explican los hechos como ejemplos de leyes eliminando las coincidencias a través de una omnipotencia que todo lo abarca. Arendt ve en esta evasión de las masas un veredicto en contra del mundo en el cual tienen que vivir y donde todo lo domina la coincidencia, y las condiciones son caóticas y accidentales. Las masas, por su desarraigo, producto de su atomización y de la pérdida de todas las relaciones comunales en cuyo marco tenía sentido el “sentido común”, no son capaces de percibir la interdependencia entre lo arbitrario y lo planeado.

Los movimientos totalitarios proveen, entonces, de seguridad y “respeto propio” a las masas a través de una ficción que las protege del *shock* que la experiencia impone al ser humano y a sus esperanzas. Esta ideología, mientras no tiene el poder, establece un puente entre la ficción y el mundo real. Donde el totalitarismo detenta el poder, lo único que existe es la ficción, y ello es posible gracias al terror. Sólo entonces todo el entramado vital se organiza en torno a una ideología. Si la realidad no coincide con la ficción hay que hacerla coincidir. Característico del movimiento totalitario es su desprecio por la realidad a la vez que la certeza en la omnipotencia humana. Falsificar los hechos contrarios a la ficción, eliminarlos o transformarlos, es una práctica del totalitarismo omnipotente. Al mismo tiempo, las intenciones políticas del movimiento a través del líder, adquieren la forma de predicciones o profecías.

H. Arendt analiza la organización totalitaria que da vida a la ficción, el sistema que aglutina en torno al jefe a la élite poderosa, a los simpatizantes y afiliados, las organizaciones de masas, las formaciones selectas, y nos señala un dato esencial de esta organización: la íntima relación entre la militancia total y la separación total de la normalidad, de la realidad. La élite del movimiento no está compuesta por ideólogos, sino por miembros que han



abolido su capacidad para distinguir entre verdad y falsedad. Sin vida profesional ni privada, su mentalidad no es un fenómeno de masas sino algo que ha sido construido cuidadosamente. El principio del jefe es funcional a la estructura del movimiento totalitario. El principio del jefe es funcional a la estructura del movimiento totalitario. La ideología puede ser despojada de su contenido porque lo importante es la forma de predicción infalible bajo la cual se presentan. La calificación principal del líder de masas es esta infalibilidad que no radica en que sea superior, sino en que es agente interpretador de las fuerzas previsibles. La lealtad, nos dice Arendt, que une a los círculos íntimos con el jefe no consiste en creer que él es infalible, sino en la certeza de que todo aquel que domine los instrumentos de violencia con los superiores métodos de la organización totalitaria puede ser infalible. **Queda así cerrado el círculo de la ficción totalitaria, encarnada en la organización y la mentalidad que le ha dado vida y existencia en la historia.**

Arendt Hanna, *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Ed. Alianza Universidad, 1981, Tres tomos.